

Partidarios del presidente: Un marco conceptual para pensar los conjuntos políticos organizados que sustentaban a Lula y a Kirchner.

Rocca Rivarola María Dolores.

Cita:

Rocca Rivarola María Dolores (2010). *Partidarios del presidente: Un marco conceptual para pensar los conjuntos políticos organizados que sustentaban a Lula y a Kirchner*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/135>

Partidarios del presidente: Un marco conceptual para pensar los conjuntos políticos organizados que sustentaban a Lula y a Kirchner

1.1) Introducción

Esta ponencia presenta el marco conceptual para una investigación que procura comprender la forma en que los conjuntos de organizaciones y dirigentes configurados en torno a un presidente y que constituyen su base de sustento político organizado definen y experimentan su pertenencia, y los modos de vinculación que establecen con el resto del conjunto. El análisis de esas interpretaciones de los propios actores contribuye a delinear los rasgos de la propia dinámica al interior de lo que denominaré los “oficialismos” conformados en torno a los presidentes Luiz Inácio “Lula” da Silva en Brasil, y Néstor Kirchner en Argentina –más adelante definiré el término “oficialismo” con mayor precisión. La investigación en la que esta ponencia se enmarca, por tanto, se pregunta acerca de cómo un escenario de fluctuación de identidades políticas y debilidad de las organizaciones partidarias para determinar los alineamientos políticos ha influido sobre esas dinámicas.

Se apunta, con ello, a retomar la apelación de Maristella Svampa (2009) a superar la tendencia de parte de la sociología argentina “al estudio de las transformaciones del vínculo social y político (ilustrado a través de la profusión de formas políticas clientelares o por las recientes transformaciones del peronismo) a partir de enfoques que privilegian una mirada ‘desde arriba’” (Svampa, 2009: 24). En palabras de la autora, “la actual crisis por la que atraviesan los modelos de referencia en las diferentes dimensiones de la vida social nos obliga a adentrarnos en los marcos de significación de los actores, a reflexionar acerca del proceso de destrucción y recomposición de las identidades sociales a partir de la variedad de respuestas que los sujetos elaboran” (Svampa, 2009: 24). No se desarrollará aquí el diseño metodológico que guía la investigación ni el detalle de entrevistas cualitativas a dirigentes y militantes de los conjuntos oficialistas en cuestión, pero cabe mencionar la necesidad –explícita en aquél y vinculada directamente con la apelación de Svampa- de valernos de la experiencia e interpretaciones que los propios actores elaboran acerca de la realidad para intentar comprenderla (Bryman, 2000).

Esta ponencia examinará diferentes trabajos y tradiciones de investigación política y social con el objetivo de identificar las perspectivas teóricas de las que la investigación

se vale -y también algunas respecto de las cuales se ha distanciado- para pensar sus propios interrogantes.

1.2) Los tiempos de la identidad partidaria

La revisión de los roles y principales características de los partidos políticos a lo largo de la historia ha sido materia de una gran cantidad de trabajos (Sartori, 1980; Panebianco, 1990; Zelaznik, 1998; Montero y Gunther, 2002; Martínez González, 2009). No apunto aquí a desarrollarla, dado que el foco de interés de la investigación no radica en los partidos como tales sino en los conjuntos oficialistas de los que fracciones de éstos (o, en ocasiones, la estructura partidaria como tal) forman parte. Sin embargo, hay un aspecto de los partidos, una de las atribuciones que la Ciencia Política les ha imputado, que puede ser y ha sido puesto en cuestión, y la pregunta central de esta tesis se enmarca en ese diagnóstico.

El escenario político del que parte la pregunta de este estudio –escenario marcado por la fluctuación y volatilidad de las identidades políticas- exhibe un contraste sustantivo con el contexto en el que aparecían algunos estudios sobre partidos políticos hoy considerados clásicos. Ese contexto de publicación original de trabajos como el de Maurice Duverger (1957) era un momento que ha sido definido por Bernard Manin (1992) en forma retrospectiva como el período de la “democracia de partidos”. Éste se caracterizaba por el voto partidario y la estabilidad del comportamiento electoral:

los electores votan, pero no por un individuo que conocen personalmente, sino por alguien que lleva los colores de un partido [...] los electores votan durante largos períodos por el mismo partido, aun cuando ese partido presente en el curso del tiempo diferentes candidatos. [...] los electores de estos partidos no determinaban su voto sobre la base de un conocimiento preciso de los programas [...] La confianza no es otorgada por las medidas propuestas sino por un sentimiento de pertenencia y de identificación (Manin, 1992: 22-24)

Se trata, por tanto, de un escenario marcado por la existencia de partidos consolidados en términos de fuerza organizativa y vínculos con el electorado y la opinión pública, y sobre todo, por una pronunciada capacidad de aquellos para configurar identidades políticas estables en torno a sí mismos y para condicionar en forma efectiva la autonomía de sus miembros, sometidos a la disciplina impuesta por la estructura partidaria. Es reconociendo esas capacidades por parte de los partidos que Duverger (1957) sostenía: “Los partidos crean la opinión, tanto como la representan: la forman mediante la propaganda; le imponen un marco prefabricado. [...] El sistema de partidos

es menos una fotografía de la opinión, que la opinión una proyección del sistema de partidos” (Duverger, 1957: 449). Con ello, Duverger daba cuenta de la consolidación del partido de masas en contextos democráticos (Panebianco, 1990: 485). Los partidos eran capaces de estructurar el voto. Años más tarde, Giovanni Sartori (1980 [1976]) reafirmará que “los partidos, más que expresar y reflejar la opinión pública, configuran, y de hecho manipulan, la opinión” (Sartori, 1980 [1976]: 57).

En su definición sobre el partido político, La Palombara y Weiner (1966) resaltarán la capacidad del mismo, y no sólo de sus líderes o candidatos, de establecer una relación con los votantes que le permita una vigencia a lo largo del tiempo, una vigencia que trascienda la popularidad de sus dirigentes. Se trata, en ese sentido, de “una organización duradera, es decir, una organización en la cual la esperanza de vida política es superior a aquella de sus dirigentes actuales; una organización local bien establecida y aparentemente duradera, manteniendo relaciones regulares y variadas a nivel nacional” (La Palombara y Weiner, 1966. En Offerlé, 2004: 32).

Han existido esfuerzos por analizar y caracterizar las transformaciones que han ido sufriendo los partidos –especialmente los europeos-, abandonado ya ese modelo tradicional de organizaciones ideologizadas con una consolidada vida interna, especialmente intentando comprender la situación novedosa a través de denominaciones como la de “partido escoba” o “atrapa todo” (*catch-all*), y, luego, la de “partido cártel”.

La primera es la acuñada por Otto Kirchheimer (1966). El autor consideraba al partido de masas históricamente superado (frente a los cambios en la estructura social y en los sistemas de comunicación política), y anunciaba una transformación de los partidos europeos en el siguiente sentido: I) desideologización y concentración en la propaganda sobre valores en temas muy generales fácilmente compartidos por amplios sectores del electorado; II) apertura mayor a grupos de interés y debilitamiento de las organizaciones afines al partido de tipo sindical¹, por ejemplo²; III) pérdida del peso político de los afiliados; IV) declive del papel de los militantes de base; V) fortalecimiento de los líderes y VI) relaciones más débiles entre el partido y su electorado. La idea del partido-

¹ Las organizaciones sociales, culturales y económicas –sindicatos, cooperativas, organizaciones de asistencia, periódicos, etc.- con las que contaban los partidos de masas –como el partido socialdemócrata alemán- tenían un rol crucial en términos del sostenimiento de la identificación partidaria: “actuaban como instrumentos de integración social y contribuían en el reforzamiento de la identidad política y de los valores que el partido proponía” (Bobbio, Matteucci y Pasquino, 2000: 1155).

² Se trata de un fenómeno similar al que Levitsky (2003) y Gutiérrez (1998) advertirán en el Partido Justicialista en Argentina a fines de los ochenta y principios de los noventa y al que Boito (1994) y Martins Rodrigues (1990) caracterizarán como una progresiva y gradual separación del PT, en Brasil, respecto del movimiento sindical

escoba se consolidó en un contexto en el que ya se debatía la “crisis de los partidos”. Ahora bien, uno de los roles que el mismo Kirchheimer atribuía necesariamente a los partidos políticos era el de una función “integrativa” o “expresiva”, es decir, la organización de las ‘demandas generales’. No tan sólo la simple transmisión de las reivindicaciones sino, sobre todo, la configuración y el mantenimiento de la identidad colectiva a través de la ideología (Panebianco, 1990). En ese sentido, Kirchheimer consideraba que el nuevo tipo de partido –que Panebianco denominará “profesional-electoral”- se había visto reducido y marginado en ese papel y que no contribuía a fijar ningún tipo de identidad colectiva. Como consecuencia, se asistía a un vacío de identidades colectivas, una competencia más caótica y escenarios políticos imprevisibles, con un elector que “se hace cada vez más independiente, más autónomo, menos controlable [...] pero también más solo y desorientado” (Panebianco, 1990: 509-510). Uno de los posibles desenlaces futuros de ese fenómeno era, para Panebianco, que el partido profesional-electoral se revelara:

como una forma intrínsecamente inestable que anuncie la disolución de los partidos en cuanto organizaciones. El punto final sería una situación en la que los partidos hayan perdido totalmente su identidad organizativa y se transformen en banderas de conveniencia bajo cuya insignia actúen empresarios políticos independientes.³ (Panebianco, 1990: 511)

Ese resultado, sin embargo, parecía, a los ojos del autor, poco probable. Sin embargo, se ha llegado a afirmar que Kirchheimer habría incluso subestimado la extensión de la personalización de la política electoral y su autonomización respecto de la masa de militantes políticos de base (Gunther y Diamond, 2003: 191).

Un segundo intento de dar cuenta de las transformaciones experimentadas por los partidos, casi tres décadas más tarde, es la noción de “partido cártel”, concebida por Richard Katz y Peter Mair (1995). A diferencia del concepto de “partido organizativo de masas” al que se hacía referencia al inicio de estas reflexiones, que describía a los partidos políticos como agentes de integración social que surgían en forma externa a la estructura estatal y representaban políticamente a grupos socialmente definidos, el nuevo “partido cártel” emergía en un contexto en el que, en palabras de Gerardo Scherlis (2009), se observaba, según los autores, “una tendencia a un debilitamiento de los vínculos entre los partidos y la sociedad [...] y un movimiento concomitante de las organizaciones partidarias de la sociedad al Estado” (Scherlis, 2009: 1; la traducción es mía), convirtiéndose estos partidos en parte del mismo aparato estatal, en agencias

³ En el caso argentino, esa insignia, es decir, el sello partidario ni siquiera tendrá una presencia permanente elección tras elección, dejando de contar como factor aglutinante de votos.

semipúblicas en procura de empleos estatales y de recursos que les concedían la capacidad de manejos clientelares de su base política. Además de esa interpenetración entre el partido y el Estado, los autores observaban “un patrón de colusión interpartidista” (Katz y Mair, 1995: 27), es decir una interacción entre los partidos más caracterizada por la cooperación que por la rivalidad. Katz y Mair definían, de ese modo, el contexto de consolidación del partido cártel como:

Un período en el que los fines de la política [...] se hacen más auto-referenciales, y la política deviene una profesión en sí misma –una profesión cualificada, claro está, y en la que la competición partidista limitada que se produce se basa en la lucha por convencer al electorado de que el partido en cuestión es la opción que garantiza mejor una gestión más efectiva y eficiente (Katz y Mair, 1995: 29).

Esta interpretación ciertamente reconoce determinados cambios profundos en las formas organizativas de los partidos y en sus vínculos con el electorado que esta tesis suscribe. Y, a su vez, al describir la proliferación de relaciones clientelares como una forma de vínculo político presente en el nuevo contexto, contribuye a evitar que, en el marco de la idea de una autonomización del votante respecto de las identidades partidarias tradicionales, se omita ingenuamente la identificación de este tipo de fenómenos. Esa política territorial se desarrolla fluidamente en paralelo a la política mediatizada y requiere de redes políticas y operadores intermedios (punteros, en Argentina; *cabos eleitorais*, en Brasil) de los que las estructuras partidarias nacionales y dirigentes políticos aún se valen.

Sin embargo, el análisis de Katz y Mair sobre el denominado “partido cártel” diagnostica una suerte de revitalización de los partidos políticos (Katz y Mair, 2002). Según el modelo, adaptados a la prevalencia de campañas políticas personalizadas y mediáticas, los partidos verían incrementado su poder pese a la hemorragia de militantes de base, ya prescindibles de todos modos para su estrategia de llegada a los votantes (Martínez González, 2009: 55). ¿Pero estamos acaso ante una revitalización de los partidos?

Procurando tomar distancia de lo que Martínez González, en su revisión sobre los estudios teóricos de partidos políticos, denomina “la fiebre tipológica que embriaga los análisis” (Martínez González, 2009: 56), no es la intención aquí inventar un nuevo concepto o tipo ideal de partido para referirme al escenario político que caracterizaba, en la primera década del siglo XXI a los dos casos nacionales que han sido

seleccionados para su estudio.⁴ Sí, en cambio, deberíamos dar cuenta de algunas de las transformaciones operadas efectivamente sobre los vínculos de representación y los propios partidos, transformaciones que de ningún modo parecen expresar una revitalización o consolidación de aquellos.

1.3) ¿Qué fue de los partidos?

A partir de una revisión crítica de la literatura que se ha referido a una “crisis de los partidos”, Hans Daalder (2002) se propone cuestionar la solidez de cuatro grupos de trabajos –la división es producto de su propia construcción de categorías- que, según el autor, han contribuido a frustrar un buen diagnóstico sobre lo ocurrido con los partidos políticos. En el cuarto de los grupos, que Daalder denomina el argumento de “la redundancia del partido” –el que más interesa a la discusión teórica que he venido exponiendo-, el autor ubica los análisis que ven a los partidos como un fenómeno transitorio, producto de un período de movilización de masas que ha quedado en el pasado: “de acuerdo con este argumento, los partidos están volviéndose cada vez más irrelevantes en la política democrática, a medida que otros actores e instituciones se han apropiado de las principales funciones que antes les correspondían” (Daalder, 2002: 39; la traducción es mía). Para Daalder, éste y otros argumentos que han sido esgrimidos para hablar de un declive de los partidos políticos y una crisis de los mismos en tantas organizaciones representativas contienen asunciones especulativas no comprobadas empíricamente y supuestos prescriptivos. En palabras del autor, “con frecuencia, la asumida ‘crisis de los partidos’ es mayormente un eufemismo para una aversión a los mismos” (Daalder, 2002: 55).

La presente ponencia no esconde una aversión a los partidos políticos como forma organizativa, ni tampoco tiene como objetivo un análisis prescriptivo de lo que los partidos deberían ser o el tipo de vínculo que deberían forjar con la sociedad y el electorado. Tampoco afirma que los partidos hayan desaparecido de la vida política o que hayan sido reemplazados por grupos de interés u organizaciones de otro tipo. Sí se involucra teóricamente con determinados trabajos como el de Bernard Manin (1992)

⁴ Tal como admiten Gunther y Diamond (2003) en un trabajo en el que, luego de revisar la literatura sobre tipologías de partidos políticos, proponen una propia, “como con todos los tipos ideales, uno no debería esperar que los partidos políticos del mundo real se conformen plenamente de acuerdo con todos los criterios que definen cada modelo de partido” (Gunther y Diamond, 2003: 172). Es por ello, en parte, que la investigación en la que esta ponencia se enmarca no se propone la elaboración de un modelo o tipo ideal sino más bien comprender en profundidad los dos casos que toma.

que han reflexionado sobre la mutación sufrida por los partidos y sobre la pérdida de su capacidad de configurar y mantener vínculos políticos identitarios con la sociedad y es desde ese diagnóstico de transformación del lazo político que parte, como veremos en breve, la pregunta que guió la investigación.

En primer lugar, en relación con el debate que revisaba Daalder, Manin descarta implícitamente la idea de crisis de representación, para inclinarse más bien por la de “desplazamientos y reacomodos” (Manin, 1992: 40), es decir, por la constatación de una metamorfosis en los lazos representativos entre los partidos y la ciudadanía, una mutación ubicada en un momento específico de la historia y no necesariamente irreversible. Así es como Manin inicia su argumentación:

A menudo se afirma que la representación experimenta actualmente una crisis en los países occidentales. A lo largo de décadas parecía fundarse en una relación de confianza, fuerte y estable, entre los electores y los partidos políticos; la gran mayoría de los electores se identificaba con algún partido político y le era fiel por largo tiempo. Hoy, un número creciente de electores vota de manera diferente en cada elección, y las encuestas de opinión revelan que aquellos que se niegan a identificarse con algún partido político también aumentan (Manin, 1992: 9).

La sensación de pertenencia impresa en el voto por determinado partido durante el período denominado “democracia de partidos” queda, en el nuevo contexto descrito por Manin, diluida. La estrategia electoral se basa, por el contrario, en la construcción de imágenes vagas basadas centralmente en la personalidad de los candidatos, los cuales, una vez elegidos, ni siquiera permanecerán necesariamente en contacto con el sello partidario por el cual han sido electos. Este contexto, que Manin denomina “democracia de lo público”, se caracteriza, asimismo, como veíamos antes, por niveles considerables de volatilidad en el comportamiento electoral:

Todos los estudios subrayan la importancia numérica creciente de un electorado flotante que no vota en función de una identificación partidaria estable, transmitida de generación en generación, sino que cambia su voto según la trama y los problemas de cada elección (Manin, 1992: 39).

La orientación del voto no sólo cambia entre cada proceso electoral sino también, en una misma elección, entre los diferentes niveles de cargos (nacional y local, ejecutivo y legislativo, etc.).

En un estudio crítico sobre la posibilidad de utilizar lo que el autor denomina la “teoría de la identidad social” para analizar la identificación partidaria, Steven Greene (2004: 138) define a esta última en directa relación con la vigencia de un voto constante (y

unificado entre los distintos niveles) al partido de preferencia a lo largo de sucesivos procesos electorales, la escasa manifestación de fenómenos como la defección partidaria, y la nutrida participación en actos políticos de esa fuerza. Si pensamos la identidad partidaria en esos términos deberemos reconocer que esos supuestos indicadores son los que precisamente han sido sacudidos por estas mutaciones.

Por su parte, Montero y Gunther (2002) sustentan la afirmación de que los niveles de afiliación a los partidos y a sus organizaciones afines han caído significativamente (Montero y Gunther, 2002: 13)⁵, y afirman que ha habido un debilitamiento de “los vínculos estructurales y psicológicos entre los partidos y los ciudadanos, como queda reflejado en los menos niveles de identificación partidista y en el incremento de los sentimientos de insatisfacción, de cinismo e incluso de alienación política” (14). También estiman, del mismo modo que lo hará Manin (1992: 30), que el contacto virtualmente directo entre los ciudadanos y sus líderes políticos, posibilitado por los desarrollos tecnológicos en materia de comunicación masiva supone que esos dirigentes ya no necesiten a los cauces partidistas tradicionales, o al menos no los precisen en el mismo sentido que antes.

Los autores mencionados, sin embargo, han dedicado sus análisis sobre todo al contexto europeo. ¿Cómo se manifiestan estas transformaciones en Argentina y Brasil?

1.4) Los casos nacionales: fluctuación política y popularidad presidencial

Ciertamente, los escenarios de asunción y mandato de los presidentes Lula y Kirchner exhibían características semejantes a los desarrollos teóricos de Manin. Más que partidos de masas fuertes y comportamientos electorales e identidades políticas estables, la escena político electoral en ambos casos estaba caracterizada por la volatilidad electoral, el rol de los medios de comunicación como productores de acontecimientos y espacio de constitución de nuevos actores políticos, la fluctuación política de los propios dirigentes (defecciones partidarias, reconstitución frecuente de los bloques parlamentarios por el ingreso y salida de legisladores de sus respectivos espacios políticos) y la personalización de la oferta electoral. Para comprender ambos contextos y formular a partir de allí la pregunta de investigación, entonces, han sido de especial

⁵ Esta afirmación también aparece en Gunther y Diamond (2003:174). En el caso argentino se ve, por ejemplo, como incluso muchos de los afiliados formalmente a un partido político votan a otra fuerza en cada elección sin por ello desafiarse.

utilidad las perspectivas de Isidoro Cheresky (2006a, 2006b, 2007, y otros) para Argentina, y Scott Mainwaring (1999) y Maria D'Alva Kinzo (2005), para Brasil. Estos análisis acerca del rol de los partidos y la identificación partidaria en ambos escenarios han constituido la base de la cual parte el principal interrogante de la investigación, bajo la suposición inicial de que el carácter fragmentario y heterogéneo de la composición y dinámica interna de los “oficialismos” en tanto conjuntos políticos se enmarca y aparece influido por ese escenario de lazos representativos contingentes e identidades políticas flotantes.

Refiriéndose al caso argentino, Cheresky (2006a) describe aquel escenario del siguiente modo:

Los caminos usuales de la representación parecen abandonados. Durante buena parte del siglo XX, la representación ha sido un vínculo duradero. Eso fue cierto para los partidos políticos, que se modificaban pero tenían una continuidad en su existencia y su enraizamiento [...] El ciudadano de nuestro tiempo no tiene identidades políticas o incluso pertenencias sociales permanentes [...] la autonomía ciudadana, entendida como su desalineamiento respecto de pertenencias partidarias o sindicales, habilita nuevos formatos en la constitución de identidades políticas y públicas. En otras palabras, el espacio público ha cobrado relieve porque la reproducción de la legitimidad política se ha hecho permanente (Cheresky, 2006a: 33-34)

¿Qué rol asumen los partidos políticos en esas nuevas condiciones? Para el autor, los partidos devienen meros dispositivos electorales de los que se valen los líderes para competir en los comicios. Los electores ya no votan al partido como tal, o a lo que éste representa, sino a diferentes candidatos según la coyuntura, y más allá del sello partidario que los acompañe (Cheresky, 2006b: 14).

Palpablemente influido por Manin, el análisis de Cheresky explora, por tanto, en Argentina, la pérdida, por parte de los partidos, de su capacidad de generar “la identificación ciudadana duradera que los constituía en el pasado en alternativas permanentes en la disputa por el poder” (2007: 26). En su lugar, el autor observa la multiplicación de redes y fracciones organizacionales que se articulan y rearticulan en torno a figuras populares. Es precisamente desde esta noción de estructuras partidarias carentes de su tradicional función de configuración y sostenimiento de identidades políticas afines estables, por un lado, y de fragmentos de construcción política (y territorial) transitoriamente alineados en torno a un líder, por otro, que esta investigación organiza su reflexión acerca de los oficialismos de Lula y Kirchner.

El escenario brasileiro también ha ostentado varios de esos fenómenos mencionados por Manin y Cheresky. Desde perspectivas diferentes, los desarrollos de Maiwaring (1999) y Kinzo (2005) han influido sobre el presente estudio a la hora de dar cuenta de ese contexto.

Interrogándose acerca del efectivo peso de los partidos sobre la decisión ciudadana del voto en Brasil, Kinzo (2005) considera que desde el restablecimiento de la democracia en Brasil (1985), no ha habido una estabilización del comportamiento electoral ni tampoco de la identificación partidaria. Ello se observa, por ejemplo, en campañas electorales centradas en los candidatos individuales y no en las fuerzas políticas, volatilidad electoral a niveles altos aun en comparación con el resto del mundo, desconocimiento respecto de a qué partido pertenecen los principales líderes políticos e incluso limitada información entre el electorado acerca de cuáles son los partidos brasileiros. Para Kinzo, difícilmente el electorado brasileiro identifique a los partidos como actores políticos distintos, como entidades que estructuran la decisión electoral o crean identidades. Kinzo consideraba, sin embargo, que el *Partido dos Trabalhadores* (PT), fundado por Lula y otros dirigentes sindicales, constituía una excepción a ese diagnóstico. Esa afirmación será revisada críticamente en trabajos posteriores.

En cuanto a Mainwaring (1999), el enfoque teórico escogido por el autor en su estudio sobre el sistema partidario brasileiro, la teoría de la elección racional, no es el que he tomado para esta investigación.⁶ Sí me he valido, en cambio, de la descripción que el autor hace del contexto político brasileiro desde la transición democrática. El perfil que construye de aquel sistema político coincide con los análisis antes mencionados en torno a la debilidad de los vínculos entre organizaciones partidarias y electorado. La inestabilidad en los patrones de competencia electoral, el débil enraizamiento de los

⁶ A partir de la obra de Anthony Downs (1957), la perspectiva de la elección racional (*Rational Choice*) ha analizado el comportamiento político a partir de una analogía con el funcionamiento del mercado económico, en términos de un cálculo instrumental a partir de los intereses particulares de cada actor (persona u organización). Sus supuestos acerca de las motivaciones de los actores, sus preferencias, e incluso el concebir a los partidos como actores unificados o uniformes son, por cierto, problemáticos. Asimismo, la perspectiva del *Rational Choice* omite un aspecto fundamental del comportamiento político: la identidad política. Ésta constituye un elemento fundamental en la comprensión de la dinámica al interior del oficialismo y los vínculos entre los diferentes sectores que lo integran. Es por ello que la investigación en la que esta ponencia se enmarca presta especial atención a las definiciones de pertenencia e identitarias de los miembros de esas organizaciones que apoyaban activamente al gobierno. No se apunta a arribar a conclusiones en términos de “la organización X se incorporó al oficialismo porque tuvo tales ‘incentivos’” (noción propia de la perspectiva de la elección racional), que podrían ser, por ejemplo, recursos materiales. Efectivamente podrá mencionarse la provisión de recursos por parte del gobierno a una determinada organización, pero la investigación se dispuso a observar centralmente cómo esa organización definía su propia pertenencia, y qué nos dice esa definición del tipo de vínculo establecido con el presidente y con el resto del conjunto oficialista.

partidos en la sociedad, la escasa legitimidad de los mismos y su carencia de una efectiva influencia sobre sus propios representantes parlamentarios son indicadores, para Mainwaring, de una significativa debilidad partidaria, diagnóstico al que también arriban Bolívar Lamounier y Rachel Meneguello (1986). Ese “subdesarrollo partidario”, continúa argumentando Mainwaring, condujo a la consolidación de una elite política y a que los políticos individuales -y no las organizaciones partidarias- se convirtieran en el principal vehículo para la representación popular en el país. El autor caracteriza al caso brasilero, por tanto, como un sistema en el que los sellos partidarios cambian con frecuencia, los principales partidos desaparecen y otros entran en escena, los políticos cambian de filiación partidaria sin repercusiones de peso, la disciplina partidaria es limitada y las alianzas electorales interpartidarias son frecuentes pero no a nivel nacional, y tampoco son duraderas.

Las interpretaciones de Kinzo (2005) y Mainwaring (1999) nos sitúan ante un caso que exhibe fenómenos semejantes al argentino pero con determinados matices. Uno de ellos, por ejemplo, es la vigencia de esos fenómenos en el tiempo. Ambas interpretaciones sobre el contexto brasilero dan sustento implícito a la afirmación de Inés Pousadela (2007) de que la fisonomía de representación que Manin describía como “democracia de partidos” nunca llegó a materializarse de la forma en que lo hizo en la Argentina en el pasado. Es decir, en Brasil, los fenómenos de fluctuación política estaban, según Pousadela, más íntimamente asociados al propio sistema, en vez de ser producto de transformaciones relativamente recientes, como en Argentina, donde las organizaciones partidarias, convertidas en depositarios de lazos de identificación meramente circunstanciales, en meros dispositivos electorales funcionales a un candidato para competir en elecciones (Cheresky, 2006b), sí venían de un pasado de comportamiento electoral estable y repartido entre los dos grandes partidos nacionales (Unión Cívica Radical y Partido Justicialista). En el caso argentino, es a lo largo de los años noventa (con el surgimiento del FREPASO y la disminución sustantiva de los votos obtenidos por la UCR) que los alineamientos políticos tradicionales ya comenzarían a trastocarse y a hacerse ostensibles los signos anticipatorios de la transformación más profunda de los vínculos políticos a partir de la crisis de 2001 (Cheresky, 2007: 36; Pousadela y Cheresky, 2004).

Pensando en los dos casos que este estudio ha tomado, ha habido intentos de explicaciones parciales y de un alcance circunscrito a algunos indicadores específicos

de esos fenómenos más amplios. Para Argentina, por ejemplo, Ricardo Sidicaro (1990) vinculaba el proceso de dilución de las dos identificaciones partidarias mayoritarias en el electorado –la UCR y el PJ- con las orientaciones de los dirigentes políticos de ambas fuerzas a partir de la campaña electoral de 1989. Definiendo el proceso de conformación de una identidad colectiva como una elaboración “construida a partir de una multiplicidad de mensajes, acciones y rituales” (Sidicaro, 1990: 78), Sidicaro sostiene que, al procurar hacerse aceptar por sus antiguos adversarios sociales, el radicalismo y el peronismo desarrollaban en 1989 una apelación al electorado en la que dejaban de referirse a históricos adversarios sociales y construían un “nosotros” sin “otros”, desestructurando así su propia identidad política histórica e ideológica:

Cuando el *otro* está entre *nosotros*, el *quiénes somos* deja de ser una aseveración y se convierte en una pregunta sin respuesta. O bien la pregunta tiene tantas y tan disímiles respuestas que la crisis de identidad es el paso previo a la fragmentación (Sidicaro, 1990: 80).

Otro ejemplo, pero para el caso brasilero, es el análisis que André Marengo dos Santos (2001) ha presentado sobre el generalizado fenómeno de “mudanças” partidarias, es decir, las migraciones de bloque por parte de los legisladores nacionales brasileros. El autor atribuye esas defecciones a configuraciones de los mismos partidos y a la forma en la que realizaban el reclutamiento de nuevos dirigentes: éstos presentarían una suerte de armado híbrido, conformado, por un lado, por un núcleo duro de parlamentarios con trayectorias históricas dentro del partido, y, por otro, por periferias partidarias, compuestas por legisladores de filiación tardía (Marengo dos Santos, 2001: 82). Es en esas periferias que Marengo dos Santos identifica el origen de la escasa disciplina partidaria. Esta interpretación aporta una mirada hacia adentro de los partidos en términos de su composición. Pero, en un contexto como el brasilero, en que, como vimos, las preferencias políticas ciudadanas en torno a los sellos partidarios no tenían un carácter estable y el vínculo de representación se hallaba altamente personalizado, esa explicación soslayaba de alguna manera esos fenómenos. Lo mismo sucede con los trabajos, como el del mismo Mainwaring (1999) y también el de Kinzo (2005), que hacen referencia al sistema electoral de lista abierta⁷ -vigente para los comicios legislativos- como factor para entender la dinámica de debilidad partidaria en Brasil.⁸

⁷ En oposición al sistema de “lista sábana”, como se lo ha denominado informalmente en el caso argentino, en el que el orden de las candidaturas aparece ya definido a la hora de la votación y el voto es necesariamente por la lista completa.

⁸ Mainwaring dirá:

Ciertamente el sistema de lista abierta contribuye a reproducir esas lógicas, dado que, a través del mismo, es cada candidato quien recibe el voto de los electores –despojando así a los partidos del control sobre la clasificación e instalación de sus candidatos.⁹

Aunque estos diferentes relatos pueden echar luz sobre algún aspecto particular de la fisonomía de los vínculos de representación tal y como se presentaban en Argentina y Brasil en los períodos seleccionados para el recorte temporal (2002-2006, en Brasil, y 2003-2007, en Argentina), me propongo aquí otra línea explicativa. ¿Por qué no vincular esa fisonomía –y sobre todo, la escasa capacidad de los partidos políticos por configurar y sustentar identidades políticas afines duraderas y estables- con el carácter que han ido asumiendo las identidades en general y no sólo las políticas, sufriendo procesos de dislocación y fragmentación?

1.5) Construyendo y reconstruyendo la identidad

La interrogación de esta ponencia sobre la construcción de una identidad oficialista (o varias) por parte de los sectores seleccionados dentro de ese conjunto retoma una concepción no esencialista de las identidades, en la que éstas, como sostiene Leonor Arfuch (2002), no constituyen un conjunto de cualidades predeterminadas sino una construcción nunca acabada, abierta a la contingencia, inmersa en el juego de las diferencias e íntimamente vinculada a la cuestión de la representación.

No se pretende en esta sección revisar toda la bibliografía sobre la transformación en el carácter de las identidades sino tan sólo mencionar ciertos autores cuyas reflexiones han constituido una contribución para este estudio a la hora de pensar las identidades políticas contingentes y en permanente proceso de reproducción y reformulación en ambos casos nacionales. Ello deviene especialmente necesario en vista de la condición fragmentaria y heterogénea de los conjuntos oficialistas y la paralela necesidad por parte del presidente de que esa base de sustentación propia sobreviva como conjunto a través

El sistema electoral influencia la institucionalización del sistema partidario [...] La combinación de distritos plurinominales y el no control partidario sobre el orden de la lista de candidatos puede desatar una dura competencia intra-partidaria a menos que los líderes controlen la selección de candidatos. Con la lista abierta [...] los candidatos deben su elección a sus propios esfuerzos y no quedan comprometidos con el partido. Este sistema puede promover individualismo en la campaña y en la recaudación de fondos, y la menor probabilidad de que los candidatos exitosos sean disciplinados cuando no fue el partido el que aseguró su victoria (Mainwaring, 1999: 338-339).

⁹ Se configura así un escenario en el que la estrategia de disputa electoral es el personalismo, en el que se potencia la competencia intra-partidaria, la campaña gira en torno a las características individuales de los postulantes y la identidad entre partidos y electores se ve reducida.

del tiempo. Un preciso planteo de esa complejidad contradictoria aparece en Arfuch (2002):

Si la redefinición actual de las identidades en términos no esencialistas lleva a considerarlas no como una sumatoria de atributos diferenciales y permanentes, sino como una posicionalidad relacional [...], esa fluidez identitaria se transforma de inmediato en un objeto polémico, sobre todo en la esfera de la acción: ¿cómo articular lo que permanece y lo que cambia, cómo formular, en tales condiciones, un proyecto político, cómo afirmar la consistencia de un “yo” o un “nosotros”? (Arfuch, 2002: 29).

La negación de una identidad primaria, esencial y fija destinada inexorablemente a prevalecer sobre las demás no debería equivaler, sin embargo, a descartar la posibilidad de que, con un objetivo político de emancipación, se priorice, enfatice y promueva discursivamente la reivindicación de una identidad (como la de clase, por ejemplo) por sobre las demás para una acción política particular.

Habiendo hecho esta aclaración, recorramos algunos análisis teóricos sobre las identidades de los que propongo valerme para reflexionar sobre la identidad -o identidades- al interior del oficialismo y sobre el contexto político de contingencia y reconstitución permanente de identidades del que parte la pregunta de investigación.

En su estudio *The Concepts of the Self*, Anthony Elliot (2001) hará referencia a una identidad descentrada y vinculada con los significados que los actores van elaborando de su propia experiencia. Luego de definir al “yo” [*the self*] como un proyecto simbólico que el individuo forja activa y creativamente y constituido a través de la referencia a su propio entendimiento y a la asignación de significados, Elliot (2001: 4) concibe a la identidad como fluida e inestable, imposible de fijar en un punto indeleble. Así, el autor contempla a la identidad de su tiempo como resultante de procesos de fragmentación, dislocación y descomposición. Hay, por otro lado, formas de identidad, afirma Elliot, que no se basan en el “yo”; específicamente, formas de identidad colectiva, que adquieren su poder a través del establecimiento y reconocimiento de intereses comunes, contruidos sobre formas de solidaridad (Elliot, 2001: 9).

Concibiendo a la identidad como una fuente de significado y de experiencia para los actores, el trabajo de Manuel Castells (1997), cuyo foco radica en esas identidades colectivas que mencionaba antes, realiza una distinción que resulta pertinente para la perspectiva de esta ponencia: A diferencia de los “roles” (trabajador, madre, vecino, militante, gremialista, fumador, etc.), que son definidos por normas estructuradas por las instituciones y organizaciones de la sociedad, las identidades son, para Castells, fuentes de significado para los mismos actores, y contruidas por ellos mismos. Aunque

pueden haber sido originadas por las instituciones dominantes, se constituyen como identidades cuando y si los actores sociales las internalizan y construyen su significado alrededor de esa internalización: “En términos simples, las identidades organizan el significado, mientras que los roles organizan las funciones. Defino significado como la identificación simbólica por parte de un actor social del propósito de su acción” (Castells, 1997: 7; la traducción es mía). Las identidades colectivas así entendidas construyen intereses, valores y proyectos alrededor de la experiencia (Castells, 1997: 360).

Asimismo, el abordaje que la investigación hace de los oficialismos retoma la idea de Castells de que la cuestión de cómo son construidos los diferentes tipos de identidades, y con qué resultados, no puede ser tratada en términos generales y abstractos, sino que debe ser situada históricamente y en el contexto político-social (Castells, 1997: 10). Del mismo modo se posiciona Stuart Hall (2001), al postular que es necesario comprender a las identidades como situadas en formaciones discursivas y prácticas específicas, en contextos históricos e institucionales concretos (Hall, 2001: 17).

En su deconstrucción de la noción tradicional de identidad, Hall va cosiendo una noción de identidad vinculada a la contingencia y a procesos de articulación inacabados y continuos:

El concepto de identidad desplegado aquí no es esencialista sino estratégico y posicional. [...] Acepta que las identidades nunca están unificadas y, en estos tiempos, se encuentran crecientemente fragmentadas y fracturadas; nunca singulares sino construidas mediante discursos, prácticas y posiciones con frecuencia cruzadas y antagónicas [...] y que están constantemente en proceso de cambio y transformación (Hall, 2000: 17; la traducción es mía).

Por último, el análisis de Richard Jenkins (1996, 2000) sobre la identidad y la categorización ha incitado para la investigación reflexiones acerca de la relación entre la composición real y práctica del oficialismo, por un lado, y las definiciones identitarias de los sectores que considero integrantes del conjunto, por otro.

Sin negar la fluidez y volatilidad de las identidades, y entendiendo a la identidad como un proceso de constante negociación sujeto a transformaciones, Richard Jenkins (1996, 2000) considera que aquella es producida y reproducida por individuos interactuando en “contextos institucionalizados de categorización social” (Jenkins, 2000: 14). Uno de esos contextos es lo que el autor denomina “la política organizada” (Ídem). Aunque la definición de Jenkins de esa noción tiene un sesgo demasiado institucionalista para ser

aplicada al caso argentino o brasilero¹⁰, es la idea de categorización la que puede servirnos como herramienta conceptual para la consideración de las identidades colectivas.

Jenkins (1996, 2000) distingue entre dos tipos de colectividad y, por lo tanto, de identificación colectiva: los grupos y las categorías. En los primeros, los miembros de la colectividad pueden identificarse a sí mismos como tales: saben y aceptan que la integran. En las segundas, los miembros pueden ser ignorar su propia pertenencia a las mismas o incluso ignorar la existencia de la colectividad. El grupo existe, entonces, en la medida en que es reconocido por sus miembros. La categoría, en cambio, es constituida a través del reconocimiento por parte de observadores externos (Jenkins, 1996: 81). Toda colectividad real, afirma Jenkins, poseerá siempre atributos de ambos tipos de identificación, aunque sea con diverso énfasis: los procesos de identificación grupal y de categorización social son, en ese sentido, interdependientes (Jenkins, 2000: 9). La definición externa tiene efectos sobre la definición interna y viceversa.

En Jenkins (1996), la identidad colectiva evoca, para el autor, imágenes de personas que son, en algún sentido, aparentemente similares. Para que sea posible hablar de la membresía de personas en una colectividad, esas personas deben tener algo significativo en común –no importa cuán vago, poco importante o ilusorio sea o parezca. Esa similitud, sin embargo, no puede ser reconocida sin simultáneamente evocar la diferenciación. Definir el criterio para la membresía es también crear una frontera, más allá de la cual no hay pertenencia (Jenkins, 1996: 79). Así es cómo el autor nos muestra la necesidad de entender a la identificación colectiva no sólo como una cuestión interna del grupo sino como emergente en el contexto de las relaciones intergrupales: los grupos se identifican a sí mismos contra y en su relación con otros grupos (1996: 92). Esas mismas organizaciones (CTA y MST) cuyas direcciones nacionales se rehusaban a considerarse como parte del oficialismo, asumían, no obstante, una posición de defensa y aclamación del gobierno ante lo que advertían como avances de enemigos latentes del mismo o críticas dirigidas a medidas que esas mismas organizaciones habían respaldado. La diferenciación respecto de los *Otros* refuerza un *Nosotros*, aunque éste no sea plenamente reconocido en forma permanente.

¹⁰ “La política organizada es la fuente de los estatutos y regulaciones que, en parte, garantizan la legitimidad del Estado y sus burocracias” (Jenkins, 2000: 18). Este concepto así definido excluye a una variedad enorme de fenómenos que podemos observar dentro de la “política organizada” y que podrían intervenir también en el proceso de construcción de identidades políticas.

Los desarrollos de estos autores en torno al carácter que asumían las identidades desde fines del siglo XX han tenido su correlato en trabajos argentinos y brasileros, además del ya mencionado libro de Arfuch (2002). Tan sólo dos ejemplos: Maristella Svampa (2009), desde Argentina, resumía estas transformaciones en el contexto de las “sociedades periféricas” hablando de la progresiva desestructuración de los antiguos marcos colectivos de socialización y del consecuente “fin de las identidades ‘fuertes’ y el ingreso a una era en la cual las identidades son más efímeras, más centradas en la subjetividad de los actores, quienes desarrollan así compromisos políticos y sociales más parciales” (Svampa, 2009: 21). Desde Brasil, por su parte, António Firmino da Costa (2002) reivindica una conceptualización no esencialista de las identidades, postulándolas como “socialmente construidas, y por tanto, múltiples y contingentes, mutables y contextuales” (Costa, 2002: 16).

Las concepciones antes analizadas respecto de las identidades han sido, en síntesis, de vasta utilidad para la investigación, no sólo en términos de la íntima vinculación entre esas transformaciones sobre las identidades sociales, por un lado, y los contextos de representación política y el rol de los partidos políticos, por otro, sino también para conceptualizar a los mismos oficialismos como conjuntos. Nos han permitido examinar estas colectividades no como una identidad compartida y unificada (más allá del apoyo al líder) sino como conteniendo en su seno múltiples identidades políticas atomizadas que se alinean y reagrupan en torno al líder –aunque no necesariamente en forma permanente-, e incluso sectores que se conciben mutuamente como *otros*.¹¹

En ese sentido, recupero el aspecto subjetivo de las identidades que Leonie Huddy (2001) resalta en su trabajo y que, sostiene, ha tendido a ser ignorado por parte de las investigaciones sobre identidad, que han asumido, por el contrario, el desarrollo uniforme de la identidad de grupo. Así como la identidad “americana” (estadounidense) que la autora provee como ejemplo no significa lo mismo para todos los americanos, y esas diferencias de significado tienen consecuencias políticas (Huddy, 2001: 130), aparecen a partir de la recolección y análisis de material (entrevistas a los actores, consulta de documentos de las organizaciones, relevamiento de prensa gráfica) múltiples nociones de lo que “ser oficialista” significa para los distintos sectores que integraban estos conjuntos. Castells (1997: 6) ya había distinguido esa pluralidad de

¹¹ Esa coexistencia fue analizada, para el caso argentino, en un trabajo previo (Rocca Rivarola, 2009).

identidades posible en un actor colectivo. Para Huddy, el abordaje del significado subjetivo de las identidades es un paso necesario para aplicar el estudio de la identidad a los fenómenos políticos. Esta tesis se inscribe en la necesidad de dar ese paso.

Otro vacío que Huddy señala en los estudios sobre identidad social –especialmente en los enmarcados en la denominada “Teoría de la identidad social” (Tajfel, 1981; Turner, 1996)- es que proveen evidencia de las consecuencias de la membresía grupal para el conflicto entre grupos pero esclarecen menos sobre el desarrollo mismo de la identidad grupal (Huddy, 2001: 136), especialmente cuando se trata de una identidad elegida, como es la política:

Necesitamos saber más sobre los procesos interrelacionados de formación y desarrollo de identidad. Es importante entender cómo las identidades se adquieren. [Por ejemplo:] ¿Hasta qué punto pueden los políticos redirigir o intensificar la identidad resaltando significados específicos de la membresía grupal o poniendo el foco en un enemigo particular? (Huddy, 2001: 150; la traducción es mía).

La investigación en la que esta ponencia se enmarca se ha propuesto, en ese sentido, colocar su atención al interior del conjunto, es decir, en esa construcción de una identidad oficialista (o varias) por parte de los sectores integrantes del conjunto.

1.6) Del análisis institucional al de la pertenencia grupal

A partir de la decisión de orientar el análisis a la cuestión de las definiciones identitarias y de pertenencia al conjunto oficialista para comprender su dinámica interna, se ha optado por no estudiar al oficialismo sobre la base de una perspectiva de funcionamiento institucionalizado de las coaliciones de gobierno (Lijphart, 1987; Giannetti y Benoit, 2009; Diermeier, 2006¹²). La formación y estabilidad de los gabinetes; la interacción legislativa entre el presidente y su propio bloque y aliados en el Parlamento; la estabilidad y viabilidad de los gobiernos de coalición según la cantidad de partidos que la integran; todas ellas son temáticas que sin duda revisten interés para la Ciencia Política. Sin embargo, la modelización teórica de esos procesos con un objetivo predictivo y con un foco en las instituciones políticas formales como tales, aplicados a los contextos de representación brasilero y argentino que fueron descriptos antes en esta ponencia son, por lo menos, discutibles en tanto forma de aproximación al funcionamiento real de las coaliciones de gobierno. Pero, por otro lado, esta

¹² El trabajo de Diermeier (2006) revisa la proliferación de diferentes trabajos del denominado “neoinstitucionalismo” en el estudio de las coaliciones de gobierno.

investigación estuvo motorizada por otro propósito: el deseo de comprender en profundidad, y a través de un trabajo empírico, las características de las bases de sustentación organizada que se conformaron en torno a los presidentes Néstor Kirchner y Luiz Inácio “Lula” Da Silva.

En consecuencia, propongo un abordaje a través del concepto de oficialismo, que debemos distinguir respecto de las nociones de *partido oficial* y de *coaliciones partidarias*. El concepto de oficialismo forma parte del lenguaje cotidiano de los propios actores y medios de comunicación en Argentina, donde en ocasiones refiere al gobierno mismo y otras al conjunto que se configura en torno del apoyo a aquél.

En esta investigación, el oficialismo se define como el conglomerado de sectores organizados que han ido confluyendo, alejándose y realineándose en torno de las figuras de Kirchner y Lula. Es, en otros términos, la base organizativa en la que se sostiene el presidente, y cuyas organizaciones y espacios políticos desarrollaron, a lo largo del período escogido por el recorte temporal (2002-2006 en Brasil y 2003-2007 en Argentina, es decir, el primer mandato de Lula y el gobierno de Kirchner), manifestaciones públicas de apoyo a la política oficial o a la figura misma del primer mandatario. Se trata, asimismo, de organizaciones y espacios con algún grado de presencia institucional en el gobierno, ya sea en el Estado o en listas de candidaturas electorales en apoyo al presidente.

A partir de la popularidad de ambos presidentes, que fue creciendo a lo largo de sus respectivos mandatos, y de una necesidad de ampliar su base de sustentación, se configuraban, alrededor de estos líderes, conjuntos heterogéneos, no sólo de distinta procedencia política sino también con organizaciones por fuera del espacio propiamente partidario. Organizaciones sociales, por ejemplo, cuya gravitación pública y política se incrementaría en comparación con experiencias de gobierno previas. Dado que esta ponencia apunta a presentar un marco conceptual de la investigación en cuestión, no explicitaré aquí sino en trabajos futuros los criterios de selección de casos -agrupados en tres sectores integrantes del oficialismo: espacio partidario, centrales sindicales y organizaciones sociales.

Dadas las particularidades de estos conjuntos, pensarlos en términos de partidos gobernantes –Partido Justicialista, en Argentina, y Partido dos Trabalhadores, en Brasil- o incluso de coaliciones partidarias, implicaría una reducción de la amplia diversidad de sectores que conformaban la órbita política de ambos presidentes y que tenían incluso

una participación activa en el gobierno. Así, la investigación sostiene que el presidente actúa como articulador y mecanismo instituyente de identidades políticas que se sostienen luego en torno a ese liderazgo y no en torno a vínculos formales o institucionales. La dinámica de las relaciones entre los distintos sectores al interior del oficialismo difícilmente pueda concebirse como una interacción institucional entre organizaciones consolidadas y tratadas como tales por el propio presidente a la hora de convocarlas y asignarles espacios formales en las estructuras de gobierno. Es en este punto que podemos tomar ciertas herramientas conceptuales de los trabajos ya mencionados de Huddy (2001) y Greene (2004) acerca de la pertenencia grupal.

Aunque Greene enfoca su estudio en la identificación partidaria, el autor sugiere concebirla teóricamente en términos de una membresía grupal. Por consiguiente, algunas de sus observaciones, trasladadas al oficialismo en tanto conjunto compuesto por sectores, resultan de utilidad para abordar ciertos aspectos de las nociones de pertenencia grupal por parte de las organizaciones oficialistas.

Por su parte, han sido provechosas las interpretaciones de Huddy sobre las fronteras de los grupos, la permeabilidad y ambigüedad de las mismas y las auto-representaciones de pertenencia cuando se trata de identidades “elegidas” –como lo son las identidades políticas.

1.7) La pregunta:

Tomando en cuenta el diagnóstico sobre ambos casos nacionales, y en el marco de las perspectivas utilizadas para pensar las transformaciones en el vínculo de representación ¿De qué modo ese escenario descrito –pérdida de capacidad de los partidos de configurar identidades políticas estables y de su como sector casi exclusivo de las coaliciones oficialistas, sumada a dos presidentes electos cuya popularidad y apelación trascienden ampliamente las fronteras del partido del que provienen- influye sobre las definiciones de pertenencia y sobre los vínculos que distintos sectores del oficialismo establecen con el resto del conjunto y con el presidente?

Para abordar el problema de esta investigación, me he sostenido, como hemos visto hasta ahora, en distintas perspectivas. Por un lado, en los estudios que destacan un escenario de fluctuación política, en el que los partidos han perdido su capacidad de configurar identidades políticas estables, o incluso identidades partidarias propiamente dichas, en el electorado. Por otro lado, en trabajos según los cuales las identidades en

general –no sólo las políticas- han ido asumiendo un carácter contingente y fragmentario. A partir de ambas perspectivas, y del foco que me he propuesto, el análisis de los vínculos entre los diferentes sectores del oficialismo no consistirá en un estudio de relaciones reglamentadas entre instituciones sino más bien en la construcción de identidades por parte de organizaciones y espacios políticos que brindan un apoyo activo organizado –más o menos formalmente según el caso- al presidente.

En otras palabras, si la identidad partidaria ha sufrido un proceso de dilución o debilitamiento, esos actores construyen una identidad como miembros del oficialismo en relación directa con el líder –y con intermediarios que éste puede haber designado informalmente. No se produce una identificación plena con el conjunto en el sentido en que el electorado podía, en el pasado, identificarse con un partido político, sino con la figura misma del presidente, y lo que éste simboliza para la organización en cuestión. Emergen así, dentro del oficialismo, identidades parciales y más circunscriptas, identidades no exentas de conflicto mutuo. Y en esas condiciones, la propia dinámica interna del oficialismo no es la de una coalición de partidos sino que más bien está marcada por la incertidumbre y las fronteras difusas.

Para finalizar, el aporte que esta investigación se ha propuesto es abordar de una forma novedosa lo que habitualmente se ha conceptualizado desde la Ciencia Política como la “coalición de gobierno”. Tomando distancia de enfoques que circunscriben su atención al funcionamiento e interacción entre las instituciones formales de gobierno, y haciéndose eco, a su vez, del carácter fragmentario, heterogéneo e informalizado que han asumido las dos coaliciones en estudio, esta investigación ha corrido el foco hacia las bases de sustentación política activa y organizada articuladas en torno a dos presidentes. Asimismo, las perspectivas teóricas de las que parte para pensar la construcción de la identidad oficialista (o múltiples identidades dentro del oficialismo) y las definiciones de pertenencia grupal constituyen un camino poco transitado por la producción académica para examinar las coaliciones de gobierno. Con esas herramientas conceptuales, el diseño metodológico -de carácter cualitativo y con un énfasis en la realización de entrevistas en profundidad a los miembros de esas organizaciones que integran el oficialismo-, también se distingue de la modelización cuantitativa y “desde arriba” -para volver sobre la crítica de Svampa (2009) citada en la primera página de esta ponencia- que ha proliferado y devenido dominante en la Ciencia Política y que elude ciertos aspectos constitutivos de los fenómenos políticos.

Bibliografía citada

- ♦ Arfuch, Leonor (2002). “Introducción”, en: Arfuch, Leonor (comp.). *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo.
- ♦ Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco (2000). “Partidos Políticos”, en Bobbio, Norberto; Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco, *Diccionario de Política*, México DF, Siglo XXI.
- ♦ Boito, Armando (1994). “The State and Trade Unionism in Brazil”, en: *Latin American Perspectives*, Vol. 21, No. 1.
- ♦ Bryman, Alan (2000). *Quantity and Quality in Social Research*, London, Routledge.
- ♦ Castells, Manuel (1997). *The Power of Identity*, Oxford, Blackwell.
- ♦ Cheresky, Isidoro (2004). “Cambio de rumbo y recomposición política. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno”, en: *Nueva Sociedad*, N° 193, Septiembre-Octubre 2004.
- ♦ ----- (2006a). “Introducción”, en: Cheresky, Isidoro (comp.). *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- ♦ ----- (2006b). “La política después de los partidos”, en: Cheresky, Isidoro (comp.). *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- ♦ ----- (2007). “Los desafíos democráticos en América Latina en los albores del siglo XXI”, en: Cheresky, Isidoro (compilador). *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Buenos Aires, Manantial.
- ♦ ----- (2009). “¿El fin de un ciclo político?”, en: Cheresky, Isidoro (comp.): *Las Urnas y la Desconfianza Ciudadana en la Democracia Argentina*, Rosario, Homo Sapiens.
- ♦ Costa, António Firmino da (2002). “Identidades culturais urbanas em época de globalização”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 17, N° 48, Fevereiro.
- ♦ Daalder, Hans (2002). “Parties: Denied, Dismissed, or Redundant? A critique”, in: Gunther, Richard; Montero, José Ramón and Linz, Juan J. (Eds.). *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, Oxford University Press.
- ♦ Diermeier, Daniel (2006). “Coalition Government”, En: Weingast, Barry and Wittman, Donald (Eds.). *Oxford Handbook of Political Economy*, Oxford, Oxford University Press.
- ♦ Downs, Anthony (1957). *An Economic Theory of Democracy*, New York, Harper and Row.
- ♦ Duverger, Maurice (1957). *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ♦ Elliot, Anthony (2001). *Concepts of the Self*, Cambridge, Polity.
- ♦ Giannetti, Daniela y Benoit, Kenneth (2009). “Concluding Remarks”, in: Giannetti, Daniela y Benoit, Kenneth (Eds.). *Intra-party Politics and Coalition Governments*, New York, Routledge.
- ♦ Greene, Steven (2004). “Social Identity. Theory and Party Identification”, in: *Social Science Quarterly*, Volume 85, Number 1, March.
- ♦ Gunther, Richard and Diamond, Larry (2003). “Species of Political Parties: A new typology”, in: *Party Politics*, Vol. 9, No. 2, London.
- ♦ Gutiérrez, Ricardo (1998). “Desindicalización y cambio organizativo del peronismo argentino, 1982-1995”, Trabajo presentado en el XXI International Congress of the Latin American Studies Association, Septiembre 24-26, Chicago, IL.
- ♦ Hall, Stuart (2000). “Who needs ‘identity?’” in: Du Gay, Paul; Evans, Jessica; Redman, Peter (comp.). *Identity: a reader*, London, Sage.
- ♦ Huddy, Leonie (2001). “From Social to Political Identity: A critical examination of Social Identity Theory”, in: *Political Psychology*, Vol. 22, No. 1, March.
- ♦ Jenkins, Richard (1996). *Social Identity*, London, Routledge.

- ♦ ----- (2000). “Categorization: Identity, Social Process and Epistemology”, in: *Current Sociology*, Vol. 48 (3), London, Sage, July.
- ♦ Katz, Richard y Mair, Peter (1995). “Changing Models of Party Organization and Party Democracy. The Emergence of the Cartel Party”, *Party Politics*, 1(1), Reino Unido (traducción en *Zona Abierta*, 2004, 108/108, Madrid).
- ♦ ----- (2002). “The Ascendancy of the Party in Public Office: Party Organizational Change in Twentieth-Century Democracies”, en R. Gunther, José Ramón Montero y Juan Linz (eds.). *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*, Oxford, University Press.
- ♦ Kinzo, Maria D’Alva (2005). “Os partidos no eleitorado: percepções públicas e laços partidários no Brasil”, en: *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, BCS, Vol. 20, N° 57, Fevereiro.
- ♦ Kirchheimer, Otto (1966). “The transformations of the Western European Party Systems”, en: La Palombara, Joseph y Weiner, Myron (eds.). *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- ♦ La Palombara, Joseph y Weiner, Myron (Eds.) (1966). *Political Parties and Political Development*, Princeton, Princeton University Press.
- ♦ Lamounier, Bolívar y Rachel Meneguello (1986). *Partidos Políticos e Consolidação Democrática*, São Paulo, Brasiliense.
- ♦ Levitsky, Steve (2003). *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ♦ Lijphart, Arend (1987). *Las democracias contemporáneas*, Barcelona, Ariel.
- ♦ Mainwaring, Scott (1999). *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The case of Brazil*, California, Stanford University Press.
- ♦ Manin, Bernard (1992). “Metamorfosis de la representación”, en: Dos Santos, M. (coord.). *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Nueva Sociedad.
- ♦ Marengo dos Santos, André Luiz (2001). “Sedimentação de lealdades partidárias no Brasil: Tendências e descompasso”, en: En *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 16, febrero, N° 45. ANPOCS
- ♦ Martínez González, Victor Hugo (2009). “Partidos Políticos: un ejercicio de clasificación teórica”, en: *Perfiles Latinoamericanos*, 33, enero-julio.
- ♦ Martins Rodrigues, Leôncio (1990). *Partidos e Sindicatos. Escritos de sociologia política*, São Paulo, Ática.
- ♦ Montero, José Ramón y Gunther, Richard (2002). “Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica”, en: *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, Núm. 118, Octubre-Diciembre.
- ♦ Offerlé, Michel (2004). *Los partidos políticos*, Santiago, LOM.
- ♦ Panebianco, Angelo (1990). *Modelos de partidos*, Madrid, Alianza.
- ♦ Pousadela, Inés (2007). “Argentinos y brasileños frente a la representación política”, en: Grimson, Alejandro (comp.), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Bs. As., EDHASA.
- ♦ Pousadela, Inés y Cheresky, Isidoro (2003). “La incertidumbre organizada. Elecciones y competencia política en Argentina (1983-2003)”, en: Cheresky, Isidoro y Pousadela, Inés (editores). *El voto liberado. Elecciones 2003: Perspectiva histórica y estudio de casos*, Buenos Aires, Biblos.
- ♦ Rocca Rivarola, María Dolores (2009). “La diversidad debajo de la mesa: El conglomerado kirchnerista en el distrito de La Matanza”, en: Cheresky, I. (comp.): *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens.
- ♦ Sartori, Giovanni (1980) [1976]. *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*, Madrid, Alianza.
- ♦ Scherlis, Gerardo (2009). “Party Patronage in Argentina. Reach and Rationale in Comparative Perspective”, Paper presentado en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), Río de Janeiro, Junio.

- ♦ Sidicaro, Ricardo (1990). “Identidades políticas y adversarios sociales”, en: *Relato de Hechos e Ideas*, Buenos Aires, Año 1, N° 1, enero-febrero.
- ♦ ----- (2009). “Introducción”, en: Svampa, Maristella (Ed.). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.
- ♦ Tajfel, Henri (1981). *Human groups and social categories*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ♦ Turner, John C. (1996). “Henri Tajfel: An introduction”, In: Robinson, William Peter (Ed.) *Social Groups and identities: Developing the legacy of Henri Tajfel*, Oxford, Butterworth-Heinemann.
- ♦ Zelaznik, Javier (1998). “Partidos y Sistemas de Partidos. Un relevo teórico con aplicaciones a Latinoamérica”, en: Kvaternik, Eugenio (Comp.), *Elementos para el análisis político. La Argentina y el Cono Sur en los '90*, Buenos Aires, Paidós.